

# *Blow-up* de Michelangelo Antonioni

Aníbal Jofré

*No sé tu nombre. Solo sé la mirada con que me lo dices.*

MARIO BENEDETTI

Elijo escribir por memoria, por seguir la búsqueda absurda de la verdad que persigue el obsesivo fotógrafo en *Blow-up* (Michelangelo Antonioni, 1966), que está convencido de encontrar en la imagen la realidad. Es una falsa película de detectives; de partida, no hay policía ni investigadores, solo un fotógrafo de moda en crisis existencial y, cuando parece resolver el caso, desaparece toda la evidencia. No hay cadáver y luego se roban los negativos. Solo él sabe lo que vio, solo en su memoria queda la verdad o quedará cuanto logre recordar o, aún mejor, en la distorsión de lo que logre recordar. En ese grano de cadáver sobre el grano del césped de un parque de Londres.

§ Cineasta. Codirector de *Volantín cortao* (2013) y director de *Pampas marciales* (2023).

Memoria 1: La primera vez que vi esta película, la recuerdo vagamente. Debí haber tenido entre diez y doce años, un amplio rango que habla de lo frágil de mi memoria a pesar de ser un día que rememoraría tantas veces. Una proyección especial en 35 mm de una copia en pésimo estado, rayada, manchada y con un sonido entrecortado. Mi abuela nos llevó a algunos nietos y recuerdo a una tía también. A la salida de la película hubo una discusión sobre qué pasó: ¿de qué se trataba?, ¿qué había en esas fotografías? (que son justamente el centro de gravedad de la narración). Abuela, pero tú ya la viste antes, ¿no te acuerdas? No, no se acordaba.

IMAGEN; el ruido borroso de un cadáver fotográfico,  
 el grano reventado sobre el asesino escondido en los matorrales  
 y su pistola,  
 la imagen que nunca vi,  
 la imagen que tardó años en llegar a mí.  
 La idea de mi abuela en ese momento y quien es hoy, ¿qué  
 queda?, ¿qué se movió?

La reconstitución fotográfica en mi memoria y en los relatos  
 que he recopilado de ella, la persona que fue y la persona que  
 es. Que son la misma persona, pero no lo son para nada, el  
 alzhéimer no solo cambió su memoria, sino que también mo-  
 dificó su personalidad, sus hábitos, su día a día y sus vínculos.  
 Esa distancia es aún más grande que la que hay entre estos dos  
 fotogramas, ese espacio-tiempo que separa todos mis visionados  
 de *Blow-up* es la distancia que hay entre estos dos fotogramas.

*I saw a man killed this morning  
 Where?  
 Some sort of park*

*Are you sure?*  
*He is still there*  
*Who was he?*  
*Someone*  
*How did it happen?*  
*I don't know, I didn't see.*

Memoria 2: Diecisiete años. Un amigo con el que veíamos «buenas películas» llega a mi casa con un DVD de su papá. A la mitad de la película voy teniendo una sensación familiar, una especie de *flashback*. Entonces llegamos a este fotograma y recuerdo: yo ya vi esta película con mi abuela. Pero es otra película, muy distinta, por fin vi al muerto, vi la pistola, leí los subtítulos y entendí la trama. También entendí que, más allá de la comprensión, esas manchas habían quedado grabadas en mi memoria sin mi consentimiento.

La secuencia fotográfica con la que se reconstruye el crimen grafica cómo construimos nuestros recuerdos, nuestras memorias. Una ampliación constante –a *blow-up*– de un detalle que fijamos como importante. La síntesis, una imagen congelada o una serie de imágenes, con algunos sonidos, con una emoción, construyen un momento de nuestra vida que atesoramos. Que cuidamos recordar.

Memoria 3: Mientras comenzaba su enfermedad, y aún no lo sabíamos ni ella ni nosotros, vi que había una función especial de *Blow-up* en el Cine Arte Alameda. Tenía unos veinticinco o veintisiete años. Ahora fui yo quien la invitó. Vimos la película, la disfrutamos y recordamos ese primer visionado mío, el segundo suyo. Esa sala hoy está quemada, en ruinas,

una imagen con la que visualizo la memoria de mi abuela. Quedan pedazos, retazos.

Para Virginia Woolf, el pasado es tan hermoso porque «uno nunca entiende la emoción en su momento». Lo que existe de mi abuela y lo que persiste de ella es similar a esa necesidad del fotógrafo de esta película de fijar una verdad química, de resolver el misterio de la vida, el de la muerte. Mi abuela aún vive la última parte de su vida, entonces nacen las preguntas sobre la memoria, su recuerdo y la narrativa sobre ella.

Memoria 4: Imagino el año 1966 o 1967. Mi abuela y mi abuelo yendo juntos a ver *Blow-up* al cine Huérfanos o Tobalaba. Mi abuelo diciéndole un comentario sexual a la joven que vende los *tickets* para entrar al cine, mi abuela fingiendo que no escuchó. Ven la película, se toman de la mano y se aprietan cuando el fotógrafo descubre el cadáver. Salen conversando de la película, mi abuelo acapara la palabra y cita a algún pintor para hablar de las imágenes. Van al café Il Bosco y escuchan una tertulia intelectual en tercera fila mientras toman un vaso de vino. Vuelven de noche a la casa, la empleada ya acostó a los niños. Se duermen y olvidan de a poco lo que vieron.